

QUINCE PRESENCIAS. 1915-1954.

Por Alfonso Reyes. México.

Colección Literaria Obregón. Número 2. 1955.

Ha aparecido "Quince Presencias" de Alfonso Reyes. Se trata de una simpática recopilación de cuentos y narraciones de 1915 a 1954, en donde el desbordante ingenio del maestro cosecha buenos frutos.

A veces la sana imaginación, ¿quién no olvida un mal rato con "La mano del Comandante Aranda"? A veces la cabal descripción, desbordante y contenida, como en el "Descanso Dominical". O la sentida página de la añoranza "Donde Indalecio Aparece y Desparece". Ese equilibrio suyo, tan cercano de lo grande como de lo pequeño; esa su discreción, casi siempre chispeante, y que nos deja el compromiso de tener un mal pensamiento; esa elegancia suya para el matiz irónico; y esa verdad de personajes y de ambiente de algunos relatos, nos dejan un agradable sabor de buena literatura, que en Alfonso Reyes se encuentra muchas veces hasta en los artículos de las revistas cotidianas.

Hay páginas risueñas, alegres, tristonas, pero la gracia o la tristeza, el dolor o la risa, no están tanto en la situación descrita como en la manera de escribirla, pesan más en los renglones, las palabras certeras, directas, entusiasmadoras o entristecedoras de por sí, se hace notar de inmediato el dominio de la lengua en toda la extensión de sus recursos, se adivinan las fuentes prístinas y fecundísimas donde el maestro bebió.

Ojalá y un día don Alfonso venga de nuevo hasta donde las montañas de su tierra se levantan, y nos deje el regalo del moderno

Indalecio que aparece y desaparece.

LOS TRES TESOROS.—Por Alfonso Reyes. México. Tezontle. 1955.

En uno de los volúmenes de la colección Tezontle del Fondo de Cultura Económica, Alfonso Reyes ha publicado un cuento, *Tres Tesoros*, basado en un tema de Robert Louis Stevenson.

En momentos poema, a veces prosa discreta, este cuento, sacado de los archivos de la "capilla alfonsina", a la distancia de quince años, brilla iluminado de la gracia y el encanto del maestro Reyes.

Personajes, diálogos, ambiente, enriquecidos de nuevos aires, pasiones, costumbres, cobran vida nueva e inesperada dentro del elegante humorismo del maestro: José Andrés, sorprendentemente humano en las primeras páginas, llega decorosamente al final; Rosario y Matilde, las dos simpáticas mujeres de un sólo hombre, tienen cada una su propia y original personalidad, aparentemente opuestas, llegan naturalmente a entenderse; el Dr. Pardo, hombre de las dos mujeres, es un personaje rico en matices y desdoblamiento interiores; pero, Marta acaso sea el personaje más real, más vibrante, aquí una pincelada de Alfonso Reyes: "como si todo lo sintiera y todo lo entendiera, como si dependiera todo de su resistencia y de su quietud, como si todo pudiera venirse abajo a su más leve vacilación. Ya no parece criatura humana. Parece un relieve de la tierra".

El cuento en lo general es sencillo, construye su trama sin complicaciones inútiles, atento siempre a la verdad del hombre, y desemboca en un final inesperado —hay que leerlo dos veces— para beneplácito y general alegría del sexo fuerte.

ARTURO CANTÚ SÁNCHEZ

Inter Folia No. 20, Mayo 10. de 1955.

Organo Mensual de la Biblioteca
Universitaria. Monterrey, N. L.,
México.

ALFONSO REYES

Ondulante como el espíritu de su autor, humorístico y grave, pródigo en resonancias mexicanas y en postulados universales, así es el material que escogió Alfonso Reyes para las *Quince Presencias* (1915-1954), incorporadas a la Colección Literaria Obregón y recientemente aparecidas.

En los grandes cuadros de ideas y estados de ánimo —no importa la magnitud o parvedad del tema— dispersos en los quince ensayos y narraciones integrantes de este libro, parece hallarse una especie de cuaderno de bitácora de Reyes por imprevistos, opuestos caminos.

Desde la parábola de “Las babuchas” —rematada por la interpretación del inefable comentarista musulmán Al-Guacil-Al-Guacilado— hasta la distorsión metafísica del tiempo, la realidad y el sueño elaborada en “Antonio duerme”, la garra creadora del autor nos retiene bajo ineludible dominio.

Los nueve episodios de la sátira doméstica “La casa del grillo”, engalanado cada uno con feliz epígrafe, son, merced a su profusión de matices entre líneas, un alarde de habilidad para elevar a categoría estética las incitaciones prosaicas o demasiado familiares. La alegoría del grillo nos dice más que cinco tomos de un inconforme a la Schopenhauer, sobre las consecuencias de la minucia en el estado conyugal.

Asiduo frecuentador de las letras inglesas, y uno de los primerísimos traductores de esa lengua, nuestro autor adopta muy en su punto el tono privativo en los ensayistas de tal origen para enhebrar las sutilezas discursivas de “El rey del cocktail”. Y por mejor sentirse en su panel, hasta se da el lujo de dejarse en el desván el supuesto orgullo nacionalista cuando, tras analizar las cualidades de cierto Borgoña, advierte a los amigos: “Este vino es completamente galo y posee un patriotismo agudo. Se deja beber antes del

Champaña y a lo sumo, después del Brandy pero en modo alguno tolera la compañía del Whisky”.

Entre millares de páginas semejantes repartidas en su obra total, “El testimonio de Juan Peña” y “Donde Indalecio aparece y desaparece” son dos preseas de alta verdad humana que, sin recurrir a prolongaciones retóricas ni accesorios folklóricos, proclaman el vínculo visceral donde se une Alfonso Reyes con su tierra, su gente, sus problemas comunes, y ello, muy a lo señor. Ni cuando Héctor Pérez Martínez va a hacer cinco lustros, le reprochó el desapego de sus lares, y el interpelado repuso con dolida vehemencia, Reyes se acogió a la perorata. No es hombre para eso.

Las dos aguafuertes de “Juan Peña” e “Indalecio” conservan intacta al correr de los años —se escribieron en 1923 y 1932— la eficacia enérgica del dibujo, la lealtad narrativa de un descubrimiento de orden interior. Es impresionante, en “Juan Peña”, la transformación de una aventura emprendida con ánimo de burla hasta el punto revelador en que la hombría de bien se conturba, el sentido innato de la justicia se encrespa y las palabras casi quieren evadirse ante la solemne elocuencia de un apretón de manos convertido en pacto. El episodio de “Indalecio” explica en breves páginas muchas terradas verdades acerca del carácter del mexicano; tratadas en un laboratorio psicológico difícilmente escaparían a la banalidad. Mejor que una definición científica, Alfonso Reyes elige el recurso coloquial para darnos un perfil del rudo personaje: “¿Pues no encontré un día sobre la mesa de mi padre, un libro que le había obsequiado Indalecio? Decía la dedicatoria, que nunca se me ha podido borrar: Lea este libro mi Señor General, para que vuelva a llorar un poco, porque a los hombres como él y yo ya las lágrimas se nos están olvidando. El libro era, nada menos, la Historia de Genoveva de Brabante. Indalecio, en la pronunciación del terruño, la llamaría seguramente: La Ginoveva”.

Aunque la disposición habitual de Alfonso Reyes lo empuja a sonreír y jugar con las ideas, y en toda ocasión las somete a su

óptimo talante, otros varios capítulos de *Quince Presencias*, escritos en el Brasil, nos dan una imagen suya particularmente alegre, desenfadada, desbordante de vitalidad ejecutiva, como si el clima, la época y el paisaje hubieran hecho lo suyo.

Pero ello no guarda mayor importancia. El retrato definitivo de Reyes lo enmarca un clasicismo tocado de emoción humana.

ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

Papel Literario del Nacional.

Caracas, Venezuela, 5 de mayo de 1955.

JUBILEO LITERARIO

En "El Mundo" de La Habana, Félix Lizaso propone que se rinda al escritor mexicano, Alfonso Reyes, un homenaje de carácter continental, con ocasión de cumplirse en este año sus bodas de oro con la pluma. La proposición ha sido apoyada inmediatamente por los periódicos más importantes de Cuba y por escritores de reconocido prestigio en las letras americanas, como Mariano Brull, Max Henríquez Ureña, Salvador Massip y otros cuyos nombres omitimos en este comentario.

La primera circunstancia que cabe anotarse es la de la separación en que viven nuestras Américas; pues mientras en el ambiente antillano y centroamericano, el homenaje se ha tomado como un deber intelectual para escritor de tan altos merecimientos, la iniciativa ha pasado poco menos que inadvertida en las repúblicas del sur. Este paréntesis tiene que llenarse urgentemente porque no es posible que subsista tal desconexión.

Alfonso Reyes es una de las grandes figuras en la intelectualidad de América, a tal punto que su nombre se ha considerado como merecedor de los premios internacionales, como el Nobel, para el que ha sido propuesto con la adhesión de los principales escritores de habla española. No le ha llegado todavía la distinción, pero sobre ella se encuentra su obra que le ha colocado entre los primeros escritores de la lengua.

Tanto ha prosperado la iniciativa de Lizaso que en los centros literarios han comenzado ya los actos dedicados a la celebración jubilar; el escritor cubano Raimundo Lazo ha dictado en la Academia de la lengua correspondiente de la española una celebrada conferencia en la que se estudió con amplitud y profundidad la obra de Reyes. La iniciativa, naturalmente ha encontrado la repercusión que era de esperarse en las organizaciones intelectuales mexicanas. Se encuentra, pues, en pleno desenvolvimiento y homenaje.

Con esta ocasión, "Armas y Letras", el interesante Boletín de la Universidad de Nuevo León, nos da a conocer las informaciones que el escritor ha dado a los jóvenes escritores, sobre los orígenes y etapas de su carrera literaria, así como sobre los documentos autobiográficos que su obra contiene. Alfonso Reyes es un hombre abierto a toda palabra que se le dirige, a la que da plena contestación, sea cualquiera el que llega hasta la biblioteca en que trabaja. Lo comprobamos personalmente y salimos tan satisfechos de la entrevista, que las palabras que entonces nos dijo las trasladamos luego a las columnas de este diario.

El escritor en las respuestas que ha dado a los jóvenes que le preguntaban sobre la vida y la obra, nos da a conocer como desde que transcurrió su vida desde el nativo Monterrey, hasta la capital federal que le preparó para sus andanzas por Europa y por el resto de América. Sus libros *El cazador* y las *Visperas de España*, se refieren a su estancia en París y luego en España.

Como diplomático ha estado en el Brasil y en la Argentina. Su libro *Norte y Sur* es de americanería andante, en el que habla lo mismo de las paradojas económicas, como sobre la reforma de la ortografía portuguesa, la poesía indígena brasileña, la ciudad tentacular de Buenos Aires y de la filosofía social del uruguayo Vaz Ferreira.

De vuelta de las misiones desempeñadas en servicio de su país, y establecido en México, los libros han aparecido otra vez, para dar a conocer las evocaciones de su vida y para las obras de carácter objetivo, como *La crítica en la edad ateniense*, *La antigua retórica*, *El deslinde*, *Letras de la Nueva España*, y otras que le han colocado en primer término entre los cultivadores del arte y de las letras en la América de origen español.

Alfonso Reyes pertenece al grupo de literatos que se dieron cita en México en donde organizaron el Ateneo, de fama continental. Alfonso Reyes llegaba de Monterrey —regiomontano— se le llama; Vasconcelos nacido en Oaxaca; Caso, hijo de un ingeniero

de caminos; González Peña, de Jalisco, Julio Torri, de Coahuila y el dominicano Pedro Henríquez Ureña, "que había cruzado el mar para ligar su esfuerzo a la hazaña mexicana", escribe José Alvarado.

Cuando se encontró en España su crédito literario se fortaleció notablemente; su estudio sobre Góngora; sus conocimientos de los clásicos; su dicción depurada y elegante, abrieron para él las puertas de los centros filológicos, de las editoras que requerían de su anotación para la publicación de libros. Los *cartones de Madrid* nos revelan una parte de esta acogida de la corte. Y como necesitó vivir de la pluma en cierta ocasión, las columnas de *El Sol* y de la revista *España*, publicaron sus escritos que se difundieron en el mundo de habla española y contribuyeron a asentar y acrecentar su reputación de gran escritor.

Cincuenta años lleva de escribir, y sigue en la tarea cada vez con esfuerzo de mayor renovación y acierto; quiere que su literatura sea una cabal *explicitación*, y ha comenzado a publicar fragmentos de sus memorias "por si no me fuera dable —oh Trombosis— llevarlas a buen término".

El homenaje está ya tomando extensión continental; y lo merece escritor que, como Alfonso Reyes, ha hecho tanto por la cultura de América. Adherimos al homenaje con todo corazón.

Isaac J. BARRERA.

México, Mayo 15 de 1955.